



1

Entre el río y la autopista,
se encuentra el valle.

Tres cosas lo caracterizan:
el río, la autopista y los gallineros.
Los hay por todas partes.

Si miráis hacia la derecha,
hay un gallinero, el llamado
Gallinero de la Abundancia,
porque está situado justo entre el río
y un enorme viñedo de uvas blancas.

Si miráis hacia la izquierda,
hay otro gallinero,
el Gallinero de los Temerarios,
y no por casualidad:
se encuentra exactamente a un paso
de la autopista, y separado de ella
solo por un foso.
Y claro, saltar este foso
no siempre sale bien.
Todo el mundo sabe que
por la autopista los coches pasan rapidísimo.

Hacia adelante y hacia atrás,
se encuentran otros dos gallineros:
el de los Vanidosos
(obviamente el más extenso,
luminoso y grande
de todos los gallineros);
y el de Montealto, llamado así
por su ubicación: está situado sobre
una pequeña colina,
que actúa como puesto de vigilancia
sobre todo el valle.

Y si todos estos gallineros
os han desorientado,
¡no os asustéis!, que solo
hay que dirigirse a uno de ellos
para encontrar el camino.
Que es uno, el único camino,
y pasa cerca de los cuatro gallineros.



el Valle





2

Todo comenzó en el Gallinero
de los Temerarios, a la hora en que
las gallinas se van a la cama,
o sea, temprano. Muy, pero que muy temprano.

Ya habían entrado todas,
dando brincos una a una.
También el gallo, que,
como todos los gallos,
para despertarse de la mejor forma
a primera hora de la mañana,
ya estaba durmiendo.

Y así, en la penumbra, las gallinas de ese gallinero realizaban los últimos preparativos, mientras de fondo se oían, profundos y constantes, los ronquidos del gallo.

Es más, ese sonido de fondo, tan constante como profundo, se podía escuchar en todos los demás gallineros del valle, donde, más o menos, las cosas transcurrían de la misma forma.

Y, como todas las noches, las cosas habrían continuado del mismo modo.

Pero aquella noche...



A las 20:36 horas, la gallina 133, conocida por sus compañeras como Señora Blanquita, se daba un último cepillado a las plumas, y al hacerlo... se le cayó una.

«¡Oh! ¡Mira tú!», cacareó. Y riéndose, echó un vistazo a sus alas, y al pecho y a sus patas, al cuello, a su cola...



«Debería perder plumas más a menudo —comentò—. ¡Asì estoy guapísima!»

Ahora bien, deberíais saber que la Señora Blanquita no era en absoluto una gallina engreída. Nunca se le escuchó un chisme, ni un comentario negativo sobre otra; jamás se le vio pasar delante del gallo, poniendo ojos dulces y meneando la cola.

Casi siempre estaba a lo suyo y la mayoría de las veces leía un libro de poesía durante la incubación.

Sin embargo...

A las 20:39, la gallina 134, llamada por sus compañeras Señora Morena, como no lograba conciliar el sueño, estaba escuchando.





Y en cuanto oyó esa frase,
se levantó sobre el aseladero
e infló el pecho.

«¡Escuchen lo que ha dicho nuestra amiga
Blanquita...!

¡Que se quita las plumas a propósito
para estar más guapa!»

La Señora Morena (y ella misma lo repetía siempre)
no era en absoluto una gallina
chismosa. ¡No! De hecho,
era muy honesta, reservada,

y jamás habría dicho una sola
mala palabra. ¡JAMÁS!

A pesar de ello,
a las 20:41 horas, Morena se dirigió
hacia la Señora Colablanca
(es decir, la gallina número 135),
que ya estaba durmiendo.

Pero en cuanto escuchó
lo que escuchó, la Señora
Colablanca se despertó sobresaltada
y dijo (también inflando el pecho):

